

**Opinión****LAS PROVINCIAS**  
EDICION IMPRESA 

TRIBUNA

## Los que no fuimos a votar

09.11.2008 - ADELA GARZÓN

Es un sueño de la globalización, pero un sueño que en estas semanas hemos convertido en realidad. No votamos a Obama; no nos tocaba, no nos registramos según la práctica americana del juego democrático. Las democracias tienen eso que se llama espacio; "un hombre un voto" no tiene carácter universal cuando se pone en marcha, se refiere al hombre del ámbito geográfico donde se vota. Pero es igual, la sensación es la de que votábamos todos: españoles, ingleses, alemanes, por no citar categorías sociales tan mencionadas estos días. Los españoles, como los demás, no votamos físicamente, pero estas elecciones presidenciales de Norteamérica se han convertido en una especie de "elecciones virtuales". Hemos hablado, discutido y hasta enfrentado con familia, amigos y compañeros sobre la viabilidad de que Obama llegara a la presidencia. Ya antes nos tocó elegir entre él y una mujer demócrata, entonces también mostramos nuestra preferencia por uno u otro. La elección, aunque escapaba a nuestra competencia, tenía su morbo. Representaban grupos minoritarios que parecía que desde el final de siglo estaban silenciosamente ganando terreno al prototipo del hombre blanco occidental. Las minorías y mayorías de cada nacionalidad varían, pero su dinámica es muy parecida. Era lógico que, tratándose de una de las grandes potencias, todos nos convirtiéramos en votantes psicológicos. Estaba en juego la posibilidad de que por una vez alguien perteneciente a una minoría alcanzase algo hasta hace muy poco impensable. Y es así como "los que no fuimos a votar", nos construimos un escenario virtual en el que todos hemos votado, decantándonos por uno u otro candidato.

El viejo sueño de los americanos parece haber renacido; todos sabemos que los sueños reiterativos no son un indicador de buena salud, es de suponer que ellos también lo saben. A nosotros lo que nos debe preocupar es que "nuestro sueño virtual de haber votado" tiene también sus riesgos. Sin darnos cuenta, sin pretenderlo, en ese sueño se han puesto en entredicho algunas de nuestras ideas y creencias consolidadas. Si no las ponemos rápidamente en su sitio, sino nos distanciamos cuanto antes de tanta emocionalidad virtual vertida, corremos el riesgo de creer que esta vez sí hemos salido del estancamiento en el que últimamente están asentadas naciones, líderes, intelectuales y el ciudadano de la calle. Obama se ha convertido en un revulsivo para esta época en la que no parece haber soluciones nuevas para los problemas que se nos echan encima. Cansados de la repetición de líderes tradicionales, de viejas formas, estilos y soluciones, la figura de Obama aparece como un líder vital, espontáneo, expansivo, abierto y, además, post. Pero ese revulsivo nos ha devuelto a la teoría del Gran Hombre. Obama aparece como el salvador. Parece el remedio para nuestras actuales dolencias; sin ir más lejos en España muchos son los que piensan que a partir de ahora, las relaciones bilaterales van a tomar otro rumbo. Vamos, que eso tan complicado de las relaciones internacionales, la diplomacia y el reconocimiento entre las grandes potencias, al final era un problema de relaciones interpersonales.

Caemos en el error de pensar que se acaba la época de la prepotencia y de los emperadores. Como si un hombre, aunque lo desee, pudiera de golpe y plumazo deshacerse de la telaraña de relaciones institucionales y estructuras que acompaña a cualquier sistema democrático actual. Más aún, se nos olvida que para que haya emperadores es imprescindible que existan ciudadanos dispuestos a ser súbditos. Y un emperador no desaparece sino desaparecen sus súbditos. Lo dicho, la salvación no es Obama, ni ZP, ni McCain, ni Sarkozy.

Hoy por hoy, nada ha cambiado; seguimos mirando a los Estados Unidos de América como el referente moral. Y es que como padres europeos nos dormimos en los laureles y hemos claudicado hace tiempo de nuestra función rectora; son nuestros descendientes americanos quienes nos enseñan, nos ponen al día y nosotros estamos tan felices e inconscientes de imitarles, sin anticipar los riesgos e implicaciones de tal imitación mecánica. Su elección presidencial, la hemos vivido como si fuera la nuestra con la sensación de que su efecto nos sacará mágicamente del adormecimiento en el que estábamos. Su efecto traspasa fronteras y actúa localmente. Vuelve la magia

política, ahora que todos nos habíamos puesto de acuerdo en su racionalidad, aunque no nos la creyéramos del todo, pero era una creencia que funcionaba y fundamentaba los sistemas democráticos.

En ese sueño se nos ha colado la idea de que un líder carismático tiene un tiempo corto que una vez superado, aparece con otras formas, otro lenguaje y otra liturgia. No seré yo quien diga que Obama no transmite soltura, espontaneidad y novedad, pero sí creo que tiene mucho de líder carismático, no tanto por él mismo como por las circunstancias en que aparece en escena. Los líderes carismáticos tienen éxito en época de incertidumbre y transición, cuando lo viejo no funciona y lo nuevo se está construyendo. El problema está en que ese líder carismático tiene que cambiar de forma y estilo cuando las circunstancias sean más estables. Sólo entonces sabremos quién es y qué significa Obama.

El sueño americano reinterpretado en Obama es su sueño y ya se verá cómo acaba, pero no debería ser el nuestro. En Europa sabemos que existe algo más que iniciativa individual, esfuerzo titánico y éxito social. Tenemos una larga y valiosa historia, frente a la corta historia de los EE. UU., y es en ella donde debemos buscar nuestro revulsivo. Debemos independizarnos de los hijos para que nosotros podamos cerrar nuestro ciclo, con nuestra experiencia y sabiduría, con nuestro saber hacer que lógicamente es distinto, ni mejor ni peor. El exceso de empatía, nos ha llevado al sueño virtual, y de no remediarlo puede llevarnos a creer que nos han salvado.